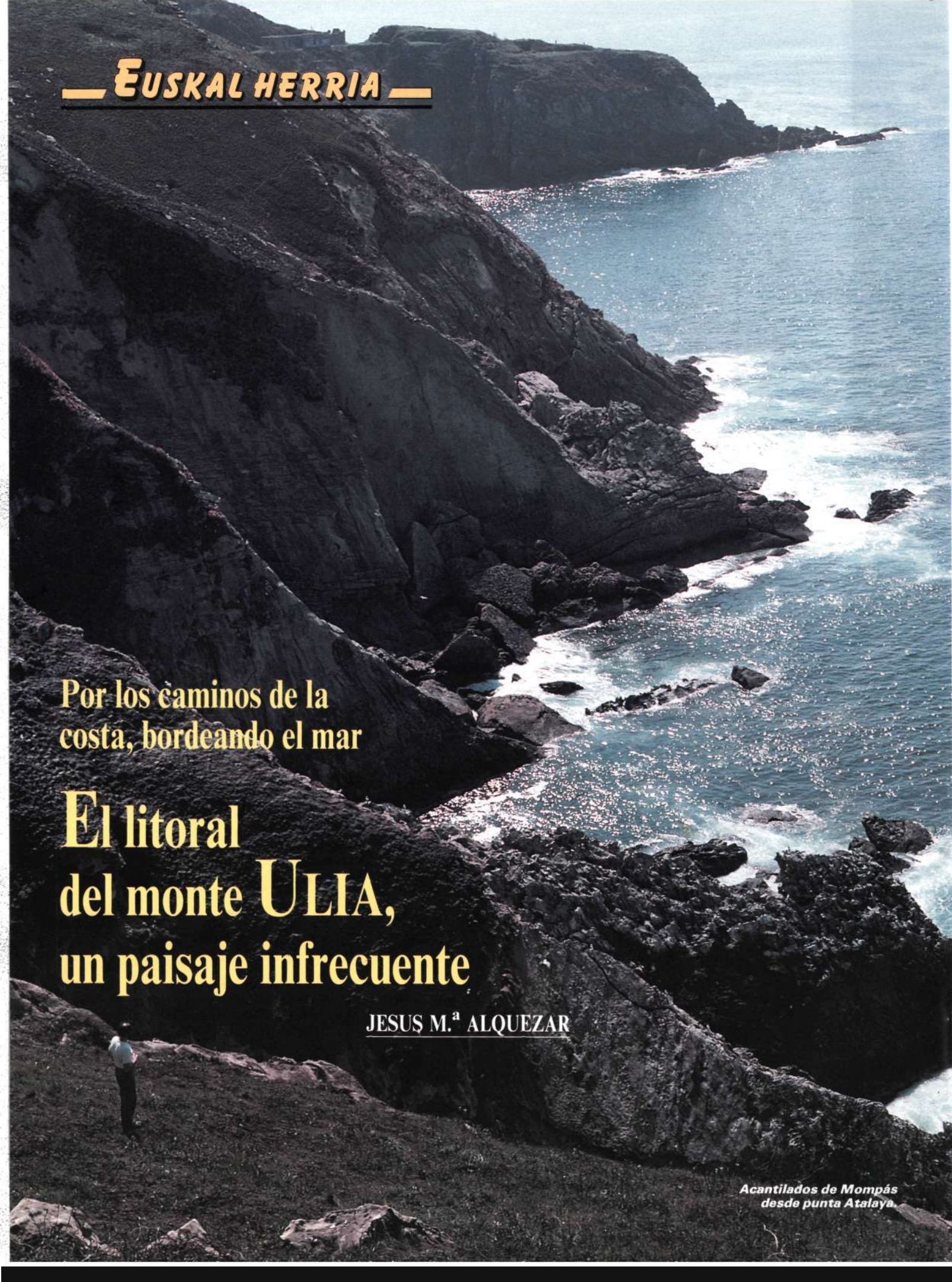




— EUSKAL HERRIA —

Por los caminos de la
costa, bordeando el mar

El litoral del monte ULIA, un paisaje infrecuente

JESUS M.^a ALQUEZAR

*Acantilados de Mompás
desde punta Atalaya.*



La erosión ha fabricado miles de nidos naturales para las gaviotas.

La costa de Euskal-herria ha sufrido un deterioro tal que las pocas porciones que se conservan aceptables deben ser preservadas y protegidas con todo ímpetu, con los medios que todos conocemos. Los encuentros desde las atalayas sobre el mar sirven de sosiego al excursionista que destina su ocio a la práctica del caminar.

El espacio natural que transcurre entre Donostia (Playa de Gros-Sagües) y Pasai San Pedro representa un humilde macizo: el monte Ulía. Si su vertiente Sur posee una fisonomía urbana, la Norte es totalmente inversa, permanece original. En especial, la banda de tierra adosada a los acantilados.

Las ensenadas y los paredones se suceden, dominados por el caminante que marcha sobre una vieja senda que se ha redescubierto recientemente gracias a los sucesivos incendios allí acaecidos, tras años de haber estado impracticable por la abundante maleza.

Además del reconfortante paseo que supone seguir el perfil de estos lugares, nuevos alicientes se suman a nuestro transitar. Es el caso de la flora. Abundan plantas silvestres de diferentes tipos, destacando los asfódelos, que se veían sólo en montañas de mayor nivel y las verbenas y helechos, entre otras. Y respecto a la fauna, destacamos los cientos de gaviotas argéneas que revolotean rozando las murallas y lanzando ruidosos graznidos, posándose en emplazamientos inverosímiles. Nos obligan a detenernos y seguir con nuestra mirada sus alegres e imparables piruetas. Las abruptas cornisas de Ulía sirven para anidar más de doscientas parejas que luego se dispersan en busca de sustento, sin al parecer, rumbo fijo (1).

(1) «La gaviota argentea», Josean García. *Pyrenaica* n.º 141 (1985).

Ulía menospreciada

Quizá la cercanía a una gran urbe, su ruta turística o el tiempo que ha permanecido intransitable, son razones para que el parque de Ulía no reciba la atención que se merece. Y lo cierto es que numerosos componentes de las generaciones cercanas a la guerra, utilizaron sus rincones para encontrar aliente a la existencia. Muchos jóvenes del barrio de Gros se criaron en este área, que continúa siendo su lugar ideal de esparcimiento en nuestros días. Anecdóticamente, era lugar habitual para las correrías de los moalbetes en las «txikarras». También fue destino familiar dominguero, con comida, para pasar los festivos veraniegos.

Donde la ciudad termina

El extremo Este de Donostia, donde la ciudad termina, en el barrio de Sagües (playa de Gros), es el lugar elegido para iniciar la ruta. Una senda que rompe con el ordenamiento urbano, salva los primeros contrafuertes rocosos para avanzar hacia el promontorio del Mompás. Se llega hasta su vértice y súbitamente se trepa hasta los restos de la batería del «Mompás». Es un trazado montaraz, impropio de un rincón tan próximo a la ciudad.

Desde el «Mompás» a la «Kutraia»

Dominando el mar abierto, los restos de la batería son testigos de esta antigua zona militar, aunque en un principio, en el siglo XVI, se trató de un conjunto civil de la Diputación. Se sabe que desde el siglo XVIII allí se apostaron cañones (1740-1742), que fueron cedidos por la Real Cía. Guipuzcoana de Caracas. A partir de entonces pequeños destacamentos se ocuparon de la vigilancia del litoral. Hay que citar que esta artillería disparó contra la ciudad en el asalto del 31 de agosto de 1813 (2).

(2) Información de Javier Sada.

Una trilogía de caminos nos harán dudar. El que pierde altura descendiendo hasta la playa rocosa de «Cocinas».

El del centro se interrumpe delante de un barranco, en un mirador producido por el corte profundo de la ladera. El espectáculo es agraciado: una gran colonia de gaviotas vuelan infatigables y se posan en recónditas reuniones. Cerca han construido sus nidos.

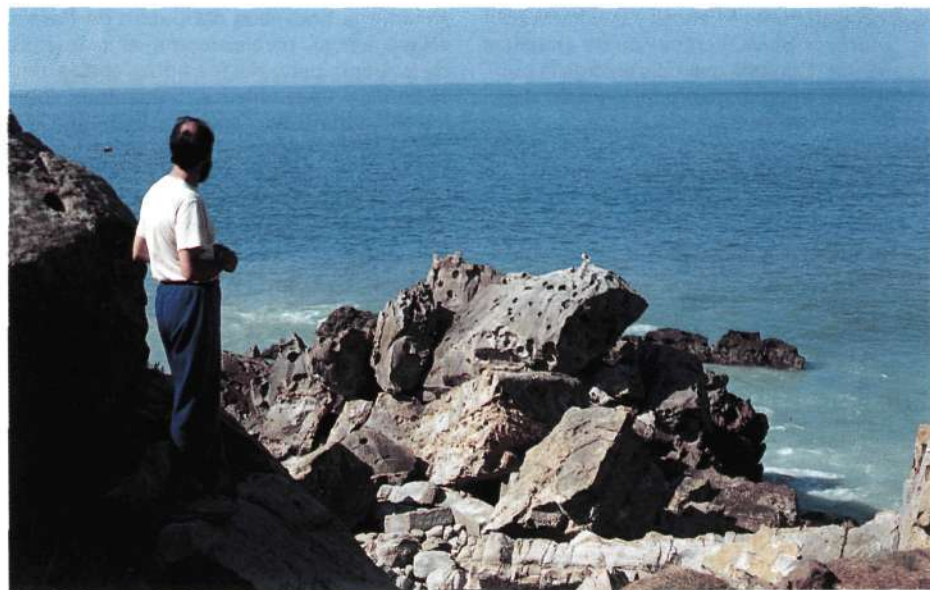
El tercer sendero gana altura por el espolón de Mompás. Será la ruta que escogemos. Hay que prestar atención al cruce de un sendero que se abrirá a nuestra izquierda justo en el punto en el que comienza a descender. Por él, en dirección NE, atravesamos un corto bosque hasta desembocar en una espléndida plataforma que domina la ensenada de Mompás. Seguimos ganando un poco más de altura. Un nuevo mirador natural nos ofrecerá panorámicas marinas que alcanzarán hasta el saliente de Matxitxako los días claros. A pocos metros de esta atalaya descenden hacia la izquierda los caminos paralelos a la línea de costa que nos llevan a uno de los parajes más conocidos de esta pequeña montaña: la fuente de la Kutraia.

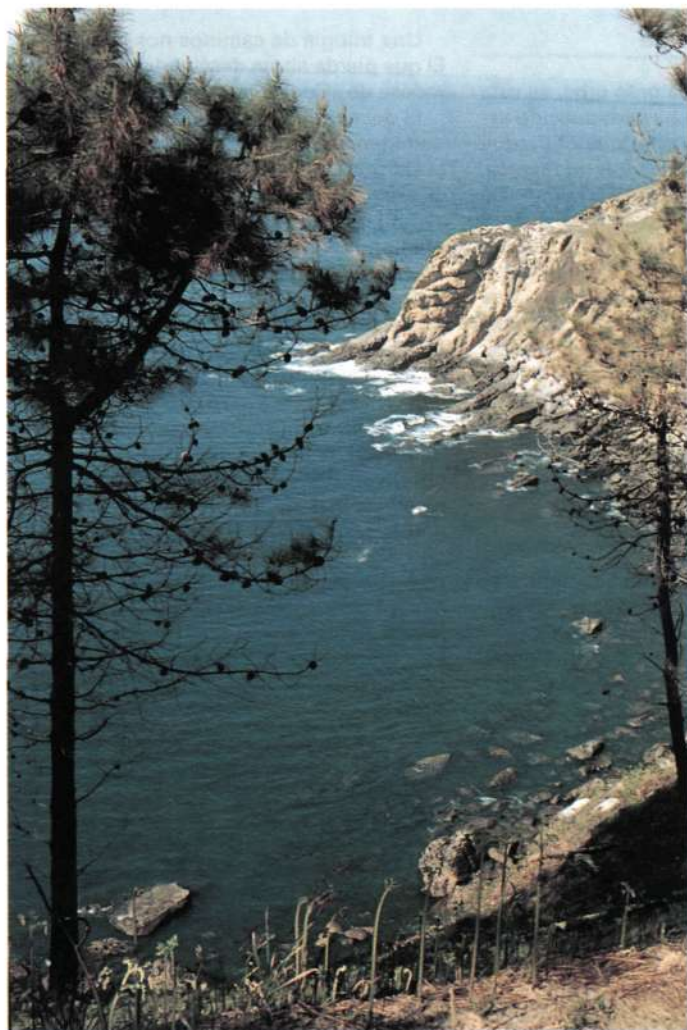
A dos pasos del mar

Por imperativos de la geografía nos habíamos alejado del océano, que está a dos pasos. Por la izquierda del monolito de la Kutraia fuimos hacia el acantilado. El peñasco singular destaca por su original estructura y por sus oquedades erosionadas. Ulía está formado por material de areniscas que facilita la erosión operada por los elementos atmosféricos.

Hoy todavía existe el placer de la contemplación: la punta de la Atalaya, el segundo saliente, es un mirador sobre el perfil de la costa. Se reconoce este extremo porque engloba un conjunto rocoso que se denomina popularmente como «Peñas de Taloi». Atrás ha quedado un ancho camino que Josetxo

Buscando los senderos más próximos a la costa descubrimos recónditas ensenadas.





La bahía de Murgita, camino ya de los acantilados de Kurutzeta.

Mayor está recuperando del olvido, con un solitario y arduo trabajo, ocupación para sábados y domingos.

Antes de detenernos, una cueva que parece labrada por el hombre, es parte de la arquitectura natural. Su interior es un dechado de orfebrería, trabajada sobre piedra blanda. Parece imposible que los años hayan logrado tal perfección.

Si el tiempo es claro se observa la silueta que nace en Punta Mompás y que hasta aquí es sinuosa y brava, compuesta de entrantes y salientes. Con una mar baja emerge la punta Pikatxia, antiguo centro criadero de «lampernas», al que se llega por inclinadas losas. Esa bajada es conocida como «Rasca Culos». Es allí, en ese privilegiado laberinto, donde anidan las familias de gaviotas.

Pero si el temporal está presente, el oleaje choca agresivamente contra los obstáculos. El mar de color oscuro, se blanquea de espuma burbujeante al pelear con las rocas y el ruido que emite asemeja a una sinfonía exótica.

Los acantilados

El tramo que desde Taloi avanza hacia Pasaia es totalmente diferente. El relieve está configurado por valles colgados que finalizan en cortados verticales. Sin separarnos de la costa los frontones sobrevienen hasta acercarnos a la ensenada de Murgita.

Antes, apresuraremos el paso, a la altura del ruinoso caserío Barracas, para alejarnos del colector que expulsa al mar los excrementos que producimos los humanos.

Murgita es una bahía con zona verde. Es la playa ¿salvaje? de Mendiola, muy apreciada y concurrida en verano. Si la mar es tranquila, el aficionado a nadar puede deslizarse sin temor, alejándose de las rocosas orillas.

Las embarcaciones de todo tipo se aproximan a la bocanada del puerto de Pasaia. «Navegamos» paralelamente al encuentro de la última parte del recorrido, el más sensacional y encandilador. Saltaremos sobre los antiguos y en desuso acueductos que trasladaban el agua a Pasaia y nos encaramaremos nuevamente en el perfil, a centímetros del borde perpendicular. Las paredes lisas y escarpadas, ahora de material duro, interceptan el mar. Ulía, geológicamente está compuesto por materiales de edad terciaria, con tramos duros y blandos y donde en ocasiones el flysch está presente.

Antes de abandonar la montaña (estamos finalizando la travesía), es propicio tumbarse sobre la hierba. No son muchos los que por allí pasean. En cambio, por el clásico camino a media ladera, el que llega de Mendiola, las caravanas de paseantes son continuas.

El Faro de la Plata, sobre la punta Kurutzeta, marca el final. El rocoso y erosionado baluarte es punto de reunión de las gaviotas que buscan en el mar su nutrimento.



Tras la desembocadura nace el contorno lineal del Jaizkibel. Es obligacio contemplarlo atentamente. Otro paraje virgen. Dicen que atravesar el litoral hasta Hondarribia es una larga y difícil tarea. Será cuestión de intentarlo.

Cuando la urbe asciende montañas. La fuente del Faro y Mendiola

La excursión ha sido vistosa. Nadie podría pensar que esta belleza haya estado tantos años impracticable. Desde el faro hay que decidir el regreso. Se puede finalizar en Pasaia San Pedro o bien volver grupas hasta Donostia, por la fuente del Faro, cita de numerosas personas que embotellan sus apreciadas aguas, y el caserío-venta de Mendiola (el de las «billeras» domingueras para todas las edades del pasado). Intentar volver a aquella época es imposible. Antes era un plácido lugar. Su construcción clásica y campos adyacentes chocan con las actuales urbanas que han poblado abusivamente la ladera Sur. Los edificios han escalado la montaña. La visión desde aquí es desesperante. No se han salvado ni un sólo metro de zona verde.

Emplearás alrededor de cuatro horas en el recorrido. Si paseas a primera hora los acantilados permanecerán sombreados. Las luces de poniente, al contrario reflejarán penumbras de visión recomendada, en un paisaje infrecuente.

JOSETXO MAYOR, ingeniero de caminos

ANTXON ITURRIZA



Josetxo Mayor, ingeniero de senderos olvidados.

mismo: reabrir el camino, tragado por la maleza, que unía el caserío Barracas con la fuente de la Kutraia.

«Solía venir por este camino a pasear cuando mis hijos eran pequeños. Luego se fue cerrando y me daba pena verlo así.»

Josetxo es transportista de profesión y este mes de setiembre se habrán cumplido dos años que dedica las mañanas libres del sábado y domingo a desbrozar, ensanchar y cuidar esta vieja ruta.

«Me preguntan si soy del Ayuntamiento o de la Diputación, al verme arreglando el monte.» Pero Josetxo,

aunque en estos tiempos sea difícil de entender, lo hace simplemente porque le apetece, porque le gusta ver que de nuevo otros paseantes pueden seguir esa senda perdida que bordea la ladera del mar.

Con mimo extremo, Josetxo asegura cada rama de cada árbol, allana los desniveles o mueve grandes piedras para que faciliten a modo de peldaños el

paso de los taludes. **«La primera parte fue la más dura. Estaba muy cerrada por la maleza»**, recuerda al afrontar la última parte de su trabajo, que le va acercando a golpe de azada a la fuente de la Kutraia.

Conocedor de anécdotas y rincones infinitos de la modesta cumbre que separa Donostia de Pasaia, nos muestra dos monedas antiguas que el trabajo de desbroce ha sacado a la superficie. **«Una es del rey Emmanuel II de Italia y tiene la fecha de 1862; la otra es del rey Alfonso XII.»**

Al despedirnos, las bandadas de gaviotas han levantado el vuelo, trazando círculos en torno a un centro imaginario. El hombre de Ulía lee en las evoluciones de las aves. **«Viene otro chubasco.»**

Pocos minutos más tarde comienza a llover, y la imagen del anónimo libertador de caminos, ingeniero y peón de una ruta olvidada, se va difuminando en la distancia, encorbado sobre su azada, entre los cordales que bajan a Taloi y Pikatxia.

El Faro de la Plata será la referencia de nuestros pasos.

Ensenada de Murgita. Divisamos el Faro de la Plata y los acantilados sobre los que discurre el sendero que debemos seguir.

